

Vallejo, César. *Piedra de estupor. Antología poética, 1918-1938*. Edición de Inmaculada Lergo. Sevilla: Renacimiento. Colección Antologías, 2019, 248 páginas.

Publicada por la editorial Renacimiento, ha salido una nueva antología de César Vallejo: *Piedra de estupor*, en edición de Inmaculada Lergo. Teniendo este poeta tantas y tan variadas como originales expresiones, choca, inicialmente, que la editora haya acudido a una de otro autor para titular la antología. No deja de ser una impresión precipitada; una vez leído el poema con que se abre, y que precede a la selección de textos, “Valle Vallejo” de Gerardo Diego –poema que Diego incluyó como salutación en la edición española de *Trilce* (1930) y del cual se extrae el verso del título– se evidencia el acierto que supone, al mostrar la vinculación de Vallejo con la vanguardia española, que encarnaba –y de qué modo– Gerardo Diego, poeta cuya mejor poesía se mantiene viva pese a que él haya sido objeto de un ominoso silencio. Así pues, bien empieza esta antología desde el título, aún más, desde el pórtico, pues el poema es una de las agradables sorpresas que suelen dar esos viejos poetas, tan manidos, que son grandes aunque los acontecimientos los hayan situado al borde del abismo, olvidando quizás que Gerardo Diego fue no solo uno de los cabecillas del «27» y las vanguardias, sino quien fijó el canon del primer tercio del siglo XX español en poesía con esa primera antología generacional publicada en 1932: *Poesía española: 1915-1931*. Así pues, este poema, que no acomodaría en un título como *España, aparta de mí este cáliz*, sitúa perfectamente una antología general de Vallejo hecha en España –y aun fuera de nuestras fronteras, si consideramos su importancia en los movimientos de vanguardia–.

Todo autor de obra no muy extensa permitiría la lectura íntegra de la misma, pero ese criterio, aparentemente razonable, es desmentido en Vallejo, y la experiencia aconseja acudir a él a través de una buena antología. En efecto, desde –al parecer– la misma consideración de *Los heraldos negros* (1918) como obra primeriza de escasa calidad, y de *Trilce* (1922) como eminentemente vanguardista, es frecuente que el pacífico lector de Vallejo obvie la lectura del primero y simplifique la del segundo. Algunas antologías, y ésta en particular, permiten salvar ese escollo que es, creo, importante para conocer bien al poeta y disfrutarlo consecuentemente. A ello contribuye igualmente el prólogo, pues sitúa a Vallejo, tanto en América como en la España de los años 20 y 30, en el lugar que corresponde, y sobre todo que es relevante por las referencias a su Perú natal. Un acertado análisis de su poesía primera, pero también de la posterior, evita lugares comunes, sin por ello desdeñar los valores del canon a que inevitablemente pertenece.

La edición respeta la peculiar escritura de Vallejo –siempre he pensado que en las ediciones de Vallejo es imprescindible una “fe de erratas”, por muy cuidada que esté la edición (que lo está)– y permite disfrutar de *Los heraldos negros* y de *Trilce* en todo su sabor, sorprendente y explosivo. La selección de poemas de esos libros parece dirigida a tal fin. Es de agradecer que a algunos nos permita descubrir las raíces del autor peruano y sentir que su fuerza poética es primigenia, plena desde sus inicios pese a sus altibajos. Quizá esa fuerza explique que su compatriota, el genial escritor Abraham Valdelomar, en 1918 comience rezándole (“Hermano en el dolor y en la belleza, [...] tu espíritu, donde anida la chispa de Dios, será inmortal, fecundará otras almas y vivirá radiante en la gloria, por los siglos de los siglos. Amén”); y que el español Juan Larrea, su gran compañero en la aventura parisina, acabe en 1940 interpretando su vida y su obra místicamente, en la edición póstuma de *España, aparta de mí este cáliz* (México, Editorial Séneca).

Como lector perezoso de poesía, yo también descubrí *Los heraldos negros* y *Trilce* en una vieja antología de Edmundo Cornejo (Ediciones Hora del Hombre, Lima, 1948) que casualmente cayó en mis manos. Antes había pasado de largo por ambos libros, en la poesía completa de Vallejo, oyendo cantos de sirena; excesos de la creencia en un canon demasiado canónico. Aquel que se acerque ahora a Vallejo a través de *Piedra de estupor* no correrá ese albur, pues –junto a la breve pero excelente introducción de Inmaculada Lergo– ya desde el primer verso (“Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé!”) todo Vallejo se hace presente.

Poemas humanos (París, 1939) es, lógicamente, el poemario cuantitativamente más representado. El seguimiento de las composiciones consagradas permite al lector habitual de Vallejo disfrutarlo en plenitud, sin extrañarlo. Es posiblemente uno de los poemarios más complejos del siglo XX en español; en él estalla el

universo vallejjiano, tanto en la forma como en el fondo. Teniendo en cuenta la complejidad y la trascendencia de estos poemas en el conjunto de la obra de Vallejo, es reseñable el acierto de los textos seleccionados y el criterio seguido para ello. La vanguardia más irrestricta y la furia revolucionaria de los años 30 nos arrastran al abismo poético de Vallejo y nos preparan para la lectura del “mejor poemario que sobre la guerra se ha escrito nunca”.

Porque, efectivamente, con Vallejo, si se lee en nuestro país, todo lo anterior claudica, es como una corriente que desemboca en *España, aparta de mí este cáliz*. No habrá, creo, para un español, poemario que suscite tan intensa emoción. Son quince poemas de los que la editora selecciona once, con pleno acierto, que nos permiten captar esa emoción –aunque personalmente hubiera preferido la incorporación, en este caso, del libro completo–. La selección nos hace “sentir en las chaquetas una muchacha muerta” y “asustarnos de los lápices sin punta”.

En definitiva, una antología rigurosa que posibilita conocer a César Vallejo en un marco adecuado, pero además, y sobre todo, sentirlo. ¿Se necesita más?

Anselmo Martínez
Escritor y editor de Point de Lunettes